marisol, una joven señora

CUANDO la vimos por primera vez, recién llegada de su Málaga natal, era una niña muy chica o era una chica muy niña. Era una niña rubiales que, de pronto, iba a ser artista. O lo era ya desde que abrió los ojos a este pícaro mundo; sus pícaros ojos, como diría la canción vieja y famosa. Y, de pronto también, aquella criatura hizo su primera película, que se tituló «Un rayo de luz». Y, así, Marisol, la niña malagueña de cortísima edad, se hizo como dueña de la situación en el desconcertante y variopinto panorama del cine español. ¿Qué traía consigo la chiquilla? En principio, salero, muchísima gracia, con aires de Gibralfaro o del barrio del Limonar. ¡Ea! Ya tenía el cine español «su» niña, que dio el do, el re y el mi como deben darse. Marisol fue, desde el primer momento, algo tan representativo del cine español como lo fue Diana Durbin en el cine norteamericano de los años cuarenta. Marisol fue en seguida estrella, se hizo rápidamente «vedette», con su ingenuidad, con su elemental sencillez de niña; dio muchas lecciones de profesionalidad y de saber estar en un oficio difícil; hizo películas con las cuales su popularidad crecía y crecía... Su nombre era cada vez más familiar para todos. El tiempo ha pasado sobre ella sin dejar de ser tiempo de primavera.

Y aquella niña muy chica, o aquella chica muy niña, nos recibe ahora, ya mujer, en su hogar matrimonial. Su grata presencia es todavía una estampa muy juvenil; casi diríamos de adolescente que se viste de «un poco mayor». Deliciosa presencia la de Marisol, cuya especial belleza es imaginada fácilmente entre flores abiertas y destellos de amaneceres junto al mar, entre vientos y susurros; cuyo físico hace pensar en historias algo exóticas, con hermosos escenarios naturales, y, en el tema del amor, con una insistente melodía de fondo. Marisol ha sido y debe seguir siendo algo muy importante en el cine español.

—Marisol...

—Pepa.

—¿Cómo?

—Pepa, que me llamo Pepa.

—¿Cómo te encuentras ahora en tu condición de estrella?

—Más o menos, como siempre —nos dice—. Al principio, no sentía como ahora la responsabilidad del trabajo. Ahora es todo más serio, o quizá antes lo pensaba menos. Pero la realidad es que todo ha cambiado de una manera muy brusca, casi sin que pueda darme cuenta.

Cuando habla, parece como si ella misma quisiera imponerse seriedad, aunque sus ojos brillen alegres con tonos de broma; sus ojos, que siguen siendo —¡y por mucho tiempo!— infantiles. Con su atuendo de Butterfly, quiere estar como en persona mayor, pero, para fortuna suya, se impone su chispeante y juvenil aspecto.

—Me gustaría hacer una película en la que no tuviera que cantar; una comedia que tuviera un argumento interesante.

—¿Confías en el cine español?

—Sí, confío.

—¿Por qué no trabajas más?

—Porque no acepto cualquier guión; quiero un buen asunto.

—¿Te ves en la línea de alguna actriz extranjera?

—No. Me veo en mi línea, en mí misma.

—¿Te consideras guapa?

—Cuando me miro al espejo, no me asusto. Pero esto no quiere decir que me crea guapa. Algo graciosa, sí.

—¿Qué piensas cuando ves tus películas?

—Pienso que soy una chica que hace cine y canta un poco.

—¿Qué piensas cuando oyes tus discos?

—Lo mismo que cuando oigo mis canciones en las películas: que podía haber salido un poquillo mejor.

—¿Cuál ha sido tu mejor canción en el cine?

—No sé si será la mejor, pero sí la que canté con más gusto: «Ya no me importas nada».

—¿Su autor?

—Augusto Algueró. Me encanta su música. Y también recuerdo con mucho cariño a Gregorio García Segura, que escribió unas canciones preciosas para mi primera película.

—¿Con qué directores te gustaría trabajar?

—Con Polanski, con Bardem o con Berlanga...

—¿Con qué actor?

—Con Anthony Quinn.

—¿Un deseo profesional?

—El teatro, como actriz...

—¿Un deseo particular?

—Un hijo.

—¿Varón?

—Claro. Si no, diría una hija. Un niño, un niño...

Así se expresa, así siente esta simpatiquísima mujercita a la que el cine español llamó Marisol y que familiarmente se llama...

—Pepa.

J. L. P.

(Fotos Alfredo.)